

VUELTA AL MUNDO EN LAND ROVER DISCOVERY

Viaje a la China profunda

Cuando el año pasado, después de miles de kilómetros, llegué con mi moto a Mongolia y, en el último momento, los chinos me negaron el permiso de entrada, comprendí que a pesar de el aperturismo reciente China sigue siendo diferente, y conseguir autorización para viajar con vehículo propio es todavía algo muy excepcional.

Texto: Carlos Martínez de Campos. Fotos: Marta Arnús.

Por eso, este año no desperdicié la segunda oportunidad, que tomó la forma de la Vuelta al Mundo de los cuatro Discovery, a la que se puede apuntar uno por etapas, ya que funciona por relevos. Los coches iban como cuatro relojes. Habían hecho tres etapas en África, unas pocas en América y una en China (Shang Hai-Nanning), en total unos cuarenta mil kilómetros, que para un Land Rover no es nada. Un participante había conseguido salirse de la carretera en una de las tres curvas que hay en toda la Patagonia y una de las unidades mostraba las huellas del incidente que le daban un aire aguerido, pero que en modo alguno afectaban su funcionamiento, poniendo de manifiesto la proverbial solidez de estos coches. Los motores de gasolina de 300 CV de estos



Discoverys se agradecían a la hora de adelantar en carreteras sinuosas y con tráfico, vías casi siempre asfaltadas, aunque a veces muy bacheadas –especialmente las rurales– y con mucho tramo en obras. De modo que ir en 4x4, aparte de comodidad, daba mucha seguridad.

Al llegar a China lo primero que tuvimos que hacer fue sacarnos el permiso de conducir chino, ya que allí no reconocen el internacional. Es como un trofeo y creo que lo voy a enmarcar. Este trámite y toda la visita por China fueron posibles gracias a China Radio Internacional, anfitrión de Vuelta al Mundo Aventura. Cuatro personas de CRI nos hicieron de guías con su Nissan y habían obtenido los numerosos permisos imprescindibles para recorrer el interior del País. Además, en distintos puntos del recorrido las autoridades locales nos recibieron, homenajearon y mostraron lo más interesante de su región.

El viaje por carretera empezó en Nanning, al sur del país, no muy lejos de la frontera del





Vietnam. Desde allí nos dirigimos hacia el oeste y enseguida comprendimos que lo quebrado del terreno y el trazado de las carreteras harían muy difícil cumplir el calendario previsto. Esto no tardará en cambiar, ya que pudimos ver durante gran parte del recorrido cómo al lado se estaban construyendo fantásticas autopistas. El paisaje era tan bonito e interesante que compensaba la relativa lentitud. Nuestro plan era avanzar desde Kunming hacia el Norte y acercarnos a la frontera tibetana. En parte tuvimos que cambiar nuestros planes porque estábamos en plena época de monzones, que además este año han sido excepcionalmente duros y han causado serios problemas en toda Asia. Aunque en China reparan rápidamente los cortes de carretera, en zonas remotas de montaña los peligros de deslizamientos de tierras, combinados con precipicios, son reales. Los de CRI y las autoridades locales, con buen criterio, insistieron en que no canceláramos tramos. Con todo, a base de ponernos pesados con ellos conseguimos adentrarnos bastante en las montañas y correr alguna aventurilla.

No sé que fue lo más espectacular de las cuatro provincias que recorrimos, pero a mí la que más me gustó fue la de Yunnan, del tamaño de España, muy montañosa y con unos bosques preciosos. Está habitada por numerosas etnias, todas con sus diferentes trajes y una arquitectura que puede variar de la piedra, a la madera o el adobe. A todos nos encantó Shangri La, rebautizada de forma oportunista con el nombre del paraíso de la novela de Huston. Está en un sitio verdaderamente recóndito, pero vale la pena llegar y ver el poblado tibetano dominado por el templo budista habitado por unos monjes muy hospitalarios. Allí, en una casa tradicional, estaba el hotel más acogedor y especial de todo el camino. Creo que ninguno olvidaremos ni el establecimiento ni a su atractiva y encantadora directora. Dormimos siempre en hoteles y, en general, estaban bien - alguno muy bien -, aunque en alguna ciudad pequeña a la que llegamos tarde acabamos durmiendo en el de la estación de autobuses.

Hitos importantes del viaje, además de Shangri La, fueron Dali, ciudad muy simpática al borde de un lago; Lijiang, la ciudad de donde par-

tían las caravanas de yaks con té hacia el Tibet, bien reconstruida después de un terremoto, pero demasiado turística; la fantástica región del lago Lugu, donde las mujeres todavía ejercen el matriarcado y tienen varios maridos; Kanding, la puerta del Tibet, bastante decepcionante pero con un precioso monasterio tibetano que merece el viaje; y muchos sitios más hasta llegar a Xian, donde nos esperaban los famosos guerreros de terracota. En todo el recorrido apenas vimos a extranjeros, y en algunos lugares, además de retratar nosotros a los locales, nos retraban ellos a nosotros. En todas partes, sin excepción, nos recibieron con una mezcla de simpatía y curiosidad. En resumen, cerca de cuatro mil kilómetros muy distintos y estupendos, a lo que no fue ajeno el hecho de que Gerardo Seeliger, gran deportista, aventurero y uno de los organizadores de Vuelta al Mundo Aventura, se apuntara a esta etapa y aportara su experiencia en este tipo de viaje. El periplo de los coches se puede seguir por satélite en tiempo real en www.vueltamundoaventura.com.

(Carlos Martínez de Campos es presidente de la Sociedad Geográfica Española).